

Llevaba la cabeza descubierta; se sentó en el escalón de la puerta de su casa y se puso á escuchar.

Era ya de noche.

II

EL PILLUELO ENEMIGO DE LAS LUCES

¿Cuánto tiempo pasó así? ¿Cuáles fueron las ondulaciones de aquella trágica meditación? ¿Se reanimó ó permaneció abatido? ¿Había sido encorvado por el dolor hasta la ruptura? ¿Podía levantarse aún y hacer pie sobre alguna cosa sólida en su conciencia? Ni él mismo hubiera podido decirlo probablemente.

La calle estaba desierta. Algunos vecinos inquietos, que volvían rápidamente á sus casas, apenas le vieron. En los momentos de peligro, cada uno mira sólo para sí. El farolero vino, como siempre, á encender el farol, que estaba colocado precisamente enfrente de la puerta núm. 7, y se fué. El que hubiese examinado á Juan Valjean en aquella sombra, no le hubiera creído vivo. Estaba sentado en el escalón de la puerta, inmóvil como una estatua de hielo: en la desesperación hay cierta congelación. Oíanse el toque de rebato y algunos rumores tempestuosos. En medio de estas convulsiones de la campana que se mezclaba con el motín, el reloj de San Pablo dió las once gravemente, sin apresurarse, porque el toque de rebato es el hombre, la hora es Dios. El sonido del reloj no causó efecto alguno á Juan Valjean;

no se movió. Pero poco después oyó una violenta detonación por el lado de los Mercados; al poco rato la siguió otra más violenta aún; era probablemente el ataque de la barricada de la calle de la Chanvrerie que, según hemos visto, fué rechazada por Mario. Al oír estas dos descargas, cuya furia parecía aumentada con el estupor de la noche, Juan Valjean tembló; levantóse mirando hacia el sitio de donde venía el ruido y después cayó sobre el escalón, cruzó los brazos y bajó lentamente la cabeza hasta el pecho.

Entonces continuó su tenebroso diálogo consigo mismo.

De repente levantó los ojos; alguien andaba por la calle, oía los pasos muy cerca; miró á la luz del farol y por el lado de la calle que va á los archivos descubrió una figura lívida, joven y alegre.

Gavroche acababa de entrar en la calle del Hombre Armado.

Iba mirando al aire como buscando algo. Veía perfectamente á Juan Valjean, pero no hacía caso alguno de él.

Gavroche, después de haber mirado al aire, miraba al suelo; iba de puntillas, tocando las puertas y las ventanas del piso bajo; todas estaban cerradas con barra y cerrojo. Después de haber reconocido cinco ó seis puertas cerradas de este modo, el pilluelo se encogió de hombros y dijo:—¡Pardiez!

Y volvió á mirar al alto.

Juan Valjean, que un momento antes, en la situación de alma en que estaba, no hubiese preguntado ni respondido á nadie, se sintió irremisiblemente impulsado á hablar á aquel muchachillo.

—Niño,—le dijo,—¿qué tienes?

—Hambre,—contestó secamente Gavroche, y añadió:—El niño seréis vos.

Juan Valjean metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche, que pertenecía á la familia de las neveras y que pasaba con rapidez de un gesto á otro, acababa de coger una piedra. Había visto el farol.

—¡Calla!—dijo.—Todavía tenéis aquí faroles; estáis muy atrasados, amigos. Esto es un desorden. Rómpeme ese farol.

Y le tiró la piedra, cayendo los vidrios con tal estrépito, que los vecinos, ocultos detrás de las cortinas de la casa de enfrente, gritaron:—¡Ya está ahí el noventa y tres!

El farol osciló violentamente y se apagó: la calle se quedó del todo á oscuras.

—Eso es, vieja calle,—dijo Gavroche,—ponte el gorro de dormir.

Y volviéndose hacia Juan Valjean:

—¿Cómo llamáis ese monumento gigantesco que tenéis al fin de la calle? Los archivos ¿no es eso? Me harían falta algunos pedazos de esas columnas bestiales para hacer una barricada.

Juan Valjean se acercó á Gavroche.

—¡Pobrecillo!—dijo hablando consigo mismo.—Tiene hambre.

Y le puso la moneda de cinco francos en la mano.

Gavroche levantó los ojos asombrado de la magnitud de aquella moneda; la miró en la oscuridad y le deslumbró su blancura. Conocía de oídas las monedas de cinco francos y le gustaba su reputación; quedó, pues, encantado de ver una y se dijo:—Contemplemos el tigre,—mirándola extasiado por algunos momentos. Después se volvió á Juan Valjean, extendió el brazo dándole la moneda y le dijo majestuosamente:

—Ciudadano: me gusta más romper los faroles.

Tomad vuestra fiera; á mi no se me compra; eso tiene cinco garras, pero á mí no me araña.

—¿Tienes madre?—le preguntó Juan Valjean.

Gavroche respondió:

—Tal vez más que vos.

—Pues bien,—dijo Juan Valjean,—guarda ese dinero para tu madre.

Gavroche se sintió conmovido. Además, había notado que el hombre que le hablaba no tenía sombrero y esto le inspiraba confianza.

—¿De verdad no es esto para que no rompa los faroles?

—Rompe todo lo que quieras.

—Sois todo un hombre,—dijo Gavroche.

Y se guardó el napoleón en el bolsillo.

Aumentándose poco á poco su confianza, preguntó:

—¿Vivís en la calle?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Podrías enseñarme el número 7?

—¿Para qué queréis saber el número 7?

El muchacho se detuvo; temió haber dicho demasiado y se metió los dedos entre los cabellos, limitándose á contestar:

—Para saberlo.

Una repentina idea atravesó la mente de Juan Valjean; la angustia tiene momentos de lucidez. Dirigiéndose al pilluelo, le preguntó:

—¿Eres tú el que trae una carta que estoy esperando?

—¿Vos?—dijo Gavroche.—No sois mujer.

—¿La carta es para la señorita Cosette, no es verdad?

—¿Cosette?—murmuró Gavroche.—Sí, creo que es ese endiablado nombre.

—Pues bien,—añadió Juan Valjean,—yo debo recibir la carta para dársela. Dámela.

—¿Entonces deberéis saber que vengo de la barricada?

—Sin duda,—dijo Juan Valjean.

Gavroche metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un papel con cuatro dobleces.

Después hizo un saludo militar.

—Respecto al despacho,—dijo,—viene del gobierno provisional.

—Dámela,—dijo Juan Valjean.

Gavroche tenía el papel en la mano por cima de su cabeza.

—No creáis que es un billete amoroso; es para una mujer, pero es para el pueblo. Nosotros peleamos, pero respetamos el sexo.

—Dámela.

—A la verdad,—continuó Gavroche,—me pareéis un buen hombre.

—Dámela pronto.

—¡Tomad!

Y dió el papel á Juan Valjean.

—Y despachaos, señor Cosa, porque la señora Cosita está esperando.

Gavroche se quedó muy satisfecho después de haber inventado este juego de palabras.

Juan Valjean añadió:

—Hay que llevar la respuesta á Saint-Merry.

—Haríais entonces un pan como unas hostias. Esta carta viene de la barricada de la Chanvrière y allá me vuelvo. Buenas noches, ciudadano.

Y dicho esto se fué, ó, por mejor decir, voló como un pájaro escapado hacia el sitio de donde había venido. Se sumergió en la obscuridad como si hiciese en ella un agujero con la rígida rapidez de un proyectil. La callejuela del Hombre Armado quedó silenciosa y solitaria; en un momento, aquel extraño niño, que participaba de la sombra y del sueño, se

metió en la bruma entre aquellas filas de casas negras, perdiéndose como el humo en las tinieblas; y hubiera podido creerse que se había disipado completamente, si algunos minutos después el ruido de un vidrio roto y el estruendo de un farol cayendo al suelo, no hubiesen despertado otra vez á los indignados vecinos.

Era Gavroche que pasaba por la calle de Chaume.



..... desdobló el papel y lo leyó